

tan hermoso, la santa Cecilia, cuyas facciones delicadas, iluminadas por el amor y la música, han sido sustraídas por el arte á la común destrucción; allí estaban los miembros de aquella brillante tertulia que criticaba y discretaba bajo los ricos tapices de plumas de pavo real que adornaban la mansión de mistress Montague; allí, en fin, en torno de Georgiana, duquesa de Devonshire, brillaban aquellas damas cuyos labios, más persuasivos que los del mismo Fox, ganaron la elección de Westminster contra el palacio y la tesorería.»

Esta evocación de la historia, del esplendor y de la constitución nacional forma un cuadro de un género único. La especie de patriotismo y de poesía que revela es el resumen del talento de Macaulay, y el talento, como el cuadro, es completamente inglés.

## § 2.

Así preparado, acometió la historia de Inglaterra, eligiendo la época que más convenía á sus opiniones políticas, á su estilo, á su pasión, á su saber, al gusto de su nación y á la simpatía de Europa. Ha referido el establecimiento de la Constitución inglesa, y concentrado todo el resto de la historia alrededor de ese acontecimiento único, «el más hermoso que hubo en el mundo (1)», á los ojos de un inglés y de un político. Ha empleado en esa obra un método nuevo, de gran belleza y suma eficacia; el éxito fué extraordinario.

(1) *Sic rerum facta est pulcherrima Roma.*

Cuando apareció el segundo volumen, había pedidos ya treinta mil ejemplares. Tratemos de describir esa historia, ligándola á ese método, y ese método á ese género de espíritu.

Es una historia universal, sin ningún carácter fragmentario. Comprende toda clase de acontecimientos, y los lleva de frente. Unos han contado la historia de las razas; otros la de las clases; otros la de los gobiernos; otros la de los sentimientos, de las ideas y las costumbres. Macaulay las cuenta todas: «Cumpliría muy imperfectamente la tarea que he emprendido, si no hablase más que de batallas y sitios, de la subida y caída de los gobiernos, de las intrigas pelaciagas y de los debates parlamentarios. Me esforzaré en narrar, así la historia del pueblo como la del gobierno; en señalar los progresos de las bellas artes y de las artes útiles; en describir la formación de las sectas religiosas y las variaciones del gusto literario; en pintar las costumbres de las generaciones sucesivas, sin omitir ni aun las revoluciones que han transformado los trajes, los mobiliarios, las comidas y las diversiones públicas. Soportaré con gusto la censura de haber descendido por debajo de la dignidad de la historia, si logro poner ante los ojos de los ingleses del siglo XIX un cuadro verdadero de la vida de sus antepasados (1).» Ha cumplido su palabra: nada ha segregado ni omitido. Con la narración se mezclan los retratos. Veis los de Danby, de Nottingham, de Shrewsbury y de Howe, en la historia de una sesión, entre dos decisiones del Parlamento. Anécdotas curiosas, pormenores domésticos, la descripción de un mobiliario, cortan, sin romperla, la exposición de una gue-

(1) *Historia de Inglaterra*, t. I, pág. 3: ed. Tauchnitz.

rra. Dejando la narración de los grandes sucesos, se ven con gusto las aficiones holandesas del rey Guillermo, el museo chino, las grutas, los laberintos, las pajareras, los estanques, los jardines geométricos con que afeaba á Hampton-Court. Al relato de una batalla precede ó sigue una disertación política; otras veces el autor se hace *turista* ó psicólogo antes de hacerse político ó táctico. Describe las montañas de Escocia, semi-papistas y semi-paganas; los videntes envueltos en una piel de buey, aguardando la hora de la inspiración; hombres bautizados ofreciendo libaciones de leche y de cerveza á los demonios del lugar; las mujeres embarazadas y las mozas de diez y ocho años labrando un mísero campo de avena, mientras sus maridos ó sus padres, hombres atléticos, se calientan al sol; los salteamientos y salvajismos, mirados como grandes acciones; la gente asesinada por la espalda ó quemada viva; las comidas repugnantes, la avena de caballo y las tortas de sangre de vaca viva, ofrecidas á los huéspedes por cortesía y agasajo; las chozas infectas, donde las personas se acostaban en medio del fango, y se despertaban medio asfixiadas, medio ciegas y medio leprosas. Poco después se detiene para consignar un cambio del gusto público: el horror que se experimentaba entonces por esas guaridas de facinerosos, por ese país de breñas agrestes y estériles landas, y la admiración que hoy se siente por esa patria de guerreros heroicos, por ese país de grandiosas montañas, de hervorosas cascadas y pintorescos desfiladeros. Ve las causas de esa revolución moral en los progresos del bienestar físico, y opina que, si alabamos las montañas y la vida salvaje, es porque estamos saciados de seguridad. Es alternativamente economista, literato, publicista, artista, historiador, bió-

grafo, y hasta filósofo. Con esa diversidad de papeles iguala á la diversidad de la vida humana, y presenta á los ojos, al corazón, á la mente, á todas las facultades del hombre, la historia completa de la civilización de su país.

Otros, como Hume, han procurado ó procuran hacerlo. Ponen aquí las cuestiones religiosas, un poco más allá los sucesos políticos, después detalles literarios, y al fin consideraciones generales sobre los cambios de la sociedad y del gobierno, creyendo que una colección de historias es la historia, y que miembros yuxtapuestos son un cuerpo. Macaulay no lo ha creído, y ha hecho bien. Aunque inglés, tiene el espíritu de la síntesis. La multitud de hechos que él acumula forman, no un total, sino un todo. Explicaciones, relatos, disertaciones, anécdotas, pinturas, comparaciones, alusiones á los acontecimientos modernos, todo se enlaza en su libro. Es que todo se enlaza en su inteligencia. Tiene una intuición vivísima de las causas, y las causas son las que ligán los hechos. Por ellas se juntan los acontecimientos dispersos en un acontecimiento único; ellas los unen, porque ellas los producen, y el historiador que las indaga todas no puede menos de descubrir ó comprender la unidad que resulta de su acción. Leed, por ejemplo, el viaje del rey Jacobo á Irlanda: no hay pintura más interesante; pero ¿es sólo una pintura interesante? Al llegar á Cork no encuentra caballos que le lleven. El país es un desierto. No hay industria, no hay cultivo, no hay civilización, desde que se expulso, robó y mató á los colonos ingleses y protestantes. Le reciben entre dos hileras de facinerosos medio desnudos, armados de cuchillos y de palos; los cascos de su caballo pisan, á guisa de alfombra, capotes de lienzo basto, como los

que llevan los vagabundos y los pastores. Le ofrecen guirnaldas de tronchos de coles, á manera de coronas de laurel. En un extenso distrito no se encuentra en junto más que dos carros. El palacio del *lord lieutenant* está tan mal construido, que la lluvia anega las habitaciones. Van á Ulster, y los oficiales franceses creen «viajar por las soledades de Arabia». El conde de Avaux escribe á su corte que, para encontrar un haz de heno, hay que correr cinco ó seis millas. En Charlemont, con gran trabajo, y como muestra de gran favor, proporcionan á la embajada francesa un saco de harina de avena. Los oficiales superiores se acuestan en cubiles que les hubiesen parecido demasiado sucios para sus perros. Los soldados irlandeses son merodeadores semisalvajes, que no saben más que gritar, degollar y desbandarse. Mal alimentados de patatas y leche agria, se abalanzan famélicos sobre los grandes rebaños de los protestantes. Desgarran á mordiscos la carne de los bueyes y de los carneros, y se la tragan chorreando sangre y medio podrida. A falta de calderas, la cuecen en la piel. Cuando llega la cuaresma, dejan de engullir la carne, pero no de matar los animales. Un campesino sacrifica una vaca para hacerse un par de zapatos. A veces una partida degüella de golpe cincuenta ó sesenta reses, se lleva las pieles y deja los cuerpos envenenando el aire. Según el embajador de Francia, en seis semanas se mataron cincuenta mil reses vacunas, que se pudrieron en el suelo. De carneros y ovejas se calcularon en trescientos ó cuatrocientos mil el número de los degollados. ¿No se ve de antemano el éxito de la revuelta? ¿Qué esperar de aquellos siervos glotones, estúpidos y salvajes? ¿Que podría sacarse de un país devastado y poblado de devastadores? ¿A qué disciplina se podría

someter á aquellos merodeadores y carniceros? ¿Qué resistencia harán en el Boyne, cuando vean á los agueridos regimientos de Guillermo, á los furiosos escuadrones de los refugiados franceses, á los irritados é insultados protestantes de Londonderry y de Enniskillen, lanzarse al río y correr blandiendo la espada contra sus mosquetes? Huirán, con el rey á la cabeza; y las minuciosas anécdotas diseminadas en el relato de las recepciones, de los viajes y de las ceremonias habrán anunciado la victoria de los protestantes. Así se enlaza la historia de las costumbres con la historia de los acontecimientos; las unas causan los otros, y la descripción explica el relato.

No basta ver causas; hay que ver muchas. Todo suceso tiene una multitud. Para comprender la acción de Marlborough ó de Jacobo, ¿me basta recordar una disposición ó cualidad que la explica? No, porque, como tiene por causa toda una situación y todo un carácter, es menester que yo vea, de una sola ojeada y en compendio, todo el carácter y toda la situación que la han producido. El genio concentra. Se mide por el número de recuerdos y de ideas que reúne en un solo punto. El que reúne Macaulay es enorme. Yo no sé de historiador que tenga una memoria más segura, ni mejor surtida y ordenada. Cuando cuenta las acciones de un hombre ó de un partido, vuelve á ver, en un minuto, todos los sucesos de su historia y todas las máximas de su conducta; tiene presentes todos los detalles; á cada momento acuden á él profusamente. No ha olvidado nada; los recorre de un modo tan fácil, tan completo y tan seguro, como el día en que los enumeró y escribió. Nadie ha enseñado ni sabido tan bien la historia. Está tan penetrado de ella como sus personajes. El whig ó el tory vehemente, experto, ave-

zado á los negocios, que se levantaba y agitaba la Cámara, no tenía argumentos más numerosos, más oportunos, más precisos. No conocía mejor el fuerte y el flaco de su causa; no estaba más familiarizado con las intrigas, los rencores, las variaciones de los partidos, las vicisitudes de la lucha, los intereses de los particulares y del público. Los grandes novelistas penetran en el alma de sus personajes; toman sus sentimientos, sus ideas, su lenguaje; parece que Balzac ha sido comisionista, portera, meretriz, solterona, poeta, y que ha empleado su vida en ser cada uno de esos personajes: su ser es múltiple, y su nombre legión. Con un talento diferente, Macaulay tiene el mismo poder. Abogado incomparable, defiende un número infinito de causas, y posee cada una de esas causas tan plenamente como su cliente. Tiene respuestas para todas las objeciones, aclaraciones para todos los puntos oscuros, razones para todos los tribunales. Está preparado á cada momento, y en todas las partes de su causa.

Parece que ha sido whig, tory, puritano, miembro del consejo privado, embajador. No es poeta como M. Michelet; no es filósofo como M. Guizot; pero de tal suerte posee todas las facultades oratorias, acumula y ordena tantos hechos, los tiene tan firmemente en su mano, los maneja con tanta soltura y vigor, que logra recomponer la trama entera y continua de la historia, sin omitir un hilo ni separar los hilos. El poeta reanima los seres muertos; el filósofo formula las leyes creadoras; el orador conoce, expone y defiende causas. El poeta resucita almas; el filósofo ordena un sistema; el orador rehace cadenas de razones; pero los tres van al mismo fin por caminos diferentes, y el orador, como sus rivales, aunque por otros me-

dios que sus rivales, reproduce en su obra la unidad y la complejidad de la vida.

Un segundo carácter de esa historia es la claridad. Es popular; nadie explica mejor ni explica tanto como Macaulay. No parece sino que hace una apuesta con el lector, y que le dice: «Puedes ser todo lo distraído, todo lo torpe y todo lo ignorante que quieras. Por distraído que estés, has de escuchar; por torpe que andes, has de entender; por ignorante que seas, has de aprender. Repetiré la misma idea bajo tantas formas, la haré sensible con ejemplos tan familiares y tan precisos, la anunciaré tan claramente al comienzo, la resumiré tan cuidadosamente al fin, seguiré tan exactamente el orden de las ideas, demostraré tan gran deseo de ilustrarte y convencerte, que no podrás menos de quedar ilustrado y convencido.» De seguro pensaba así, cuando preparaba este pasaje sobre la ley que por vez primera concedió á los disidentes el ejercicio de su culto.

«De todas las leyes emanadas de un Parlamento, el Acta de Tolerancia es quizá la que mejor denuncia los vicios particulares y la excelencia particular de la legislación inglesa. La ciencia de la política se asemeja en ciertos sentidos á la ciencia de la mecánica. El matemático puede demostrar fácilmente que cierta fuerza, aplicada por medio de cierta palanca ó de cierto sistema de poleas, bastará para elevar cierto peso. Pero su demostración parte de la hipótesis de que la máquina es tal que ninguna carga la hará doblarse ni romperse. Si el mecánico que debe levantar una gran mole de granito por medio de maderos reales y de cuerdas reales, se fiase sin reservas de la proposición que lee en los tratados de dinámica, sin tener en cuenta la imperfección de sus materiales, todo su

aparato de palancas, de ruedas y de cuerdas se desplomaría bien pronto, y, con toda su ciencia geométrica, se le juzgaría muy inferior en el arte de construir á aquellos bárbaros embadurnados de ocre que, sin haber oído hablar jamás del paralelogramo de las fuerzas, supieron apilar las piedras de Stonehenge. Lo que el mecánico es al matemático, lo es el hombre de Estado práctico al hombre de Estado especulativo. Muy importante es, sin duda, que los legisladores y los administradores sean versados en la filosofía del gobierno, bien así como es muy importante que el arquitecto que ha de poner un obelisco sobre su pedestal ó suspender un puente tubular sobre la desembocadura de un río, se halle versado en la filosofía del equilibrio y del movimiento. Pero, así como el que quiere construir efectivamente debe tener en cuenta muchas cosas que jamás fueron apuntadas por D'Alembert ni Euler, así el que quiere gobernar efectivamente debe guiarse de continuo por consideraciones de que no se encontrará el menor vestigio en las obras de Adam Smith y de Jeremías Bentham. El perfecto legislador es un intermediario exacto entre el hombre de pura teoría, que no ve nada más que principios generales, y el hombre de pura práctica, que no ve nada más que circunstancias particulares. El mundo, durante estos ochenta últimos años, ha sido notablemente fecundo en legisladores, en quienes predominaba el elemento especulativo con exclusión del elemento práctico. A su sabiduría han debido Europa y América docenas de Constituciones abortadas, Constituciones que han vivido lo estrictamente necesario para hacer un mísero ruido, y que han perecido en medio de convulsiones. Pero en la legislatura inglesa ha predominado siempre el elemento práctico, y predomi-

nado con exceso, más de una vez, sobre el elemento especulativo. No preocuparse nada de la simetría, y preocuparse mucho de la utilidad; no suprimir nunca una anomalía, sólo porque es una anomalía; no innovar nunca sino cuando se deja sentir algún inconveniente, y no innovar entonces sino lo indispensable para suprimir el inconveniente; no establecer nunca una proposición más amplia que el caso particular que se remedia: tales son las reglas que desde la época de Juan hasta la época de Victoria han presidido generalmente á las deliberaciones de nuestros doscientos cincuenta Parlamentos (1).»

¿Es aún oscura ó dudosa la idea? ¿Necesita aún de pruebas ó ilustraciones? ¿Se quiere algo más? Vosotros decís que no; Macaulay dice que sí. Después de la explicación general viene la explicación particular; después de la teoría, la aplicación; después de la demostración teórica, la demostración práctica. Vosotros queríais deteneros; él prosigue:

«El Acta de Tolerancia se acerca mucho al ideal de una gran ley inglesa. Para un jurista versado en la teoría de la legislación, pero que no conociese á fondo las disposiciones de los partidos y de las sectas en que Inglaterra se hallaba dividida en el tiempo de la Revolución, ese acta no sería más que un caos de absurdos y de contradicciones. No resiste el examen, si se juzga según principios generales sólidos. Más aún: no resiste el examen, si se juzga con arreglo á un principio, sólido ó no. El principio sólido es evidentemente que el simple error teológico no debe ser castigado por el magistrado civil. El Acta de Tolerancia, no sólo no reconoce, sino que rechaza positivamente ese princi-

(1) *Historia de Inglaterra*, tomo iv, pág. 84.

pio. No se deroga ni una sola de las leyes crueles promulgadas contra los no conformistas por los Tudores y Estuardos. La persecución continúa siendo la regla general; la tolerancia es la excepción. No es eso todo. La libertad concedida á la conciencia se le concede de la manera más caprichosa. Un cuáker, que hace una declaración de fe en términos generales, obtiene el pleno beneficio del acta, sin suscribir uno solo de los treinta y nueve artículos; un ministro independiente, que está dispuesto á hacer la declaración pedida al cuáker, pero que tiene dudas sobre seis ó siete artículos, queda bajo el peso de las leyes penales. Howe está expuesto á castigos, si predica antes de haber declarado solemnemente que se adhiere á la doctrina anglicana tocante á la Eucaristía. Penn, que rechaza en absoluto la Eucaristía, obtiene completa libertad de predicar sin hacer declaración de ninguna índole sobre ese punto.

»He ahí algunos de los defectos que no pueden menos de saltar á la vista de toda persona que examine el Acta de Tolerancia según las leyes de la razón comunes á todos los países y á todas las edades. Pero esos defectos parecerán quizá méritos, si se atiende á las pasiones y á los prejuicios de aquellos para quienes se compuso el Acta de Tolerancia. Esa ley, llena de contradicciones que puede descubrir el último estudiante de filosofía política, hizo lo que no hubiese podido hacer una ley compuesta con toda la ciencia de los más grandes maestros de filosofía política. Que los artículos resumidos hace poco son embarazosos, pueriles, incompatibles entre sí, é incompatibles con la verdadera teoría de la libertad religiosa, cualquiera puede reconocerlo. Todo lo que cabe decir en su defensa es que han suprimido una gran masa de males sin chocar

con una gran masa de prejuicios; que, de un solo golpe, y para siempre, sin la menor división en ninguna de las dos Cámaras, sin un solo motín en las calles, sin casi un solo murmullo, ni aun en las clases más profundamente impregnadas de fanatismo, pusieron término á una persecución que se había desencadenado durante cuatro generaciones, que había desgarrado un número infinito de corazones, que había desolado un número infinito de hogares, que había llenado las prisiones de hombres de que no era digno el mundo, que había expulsado millares de esos labradores y de esos artesanos honrados, activos, religiosos, que son la verdadera fuerza de las naciones, y los había obligado á buscar un refugio más allá del Océano entre los *wigwams* de los indios rojos y las guaridas de las panteras. Tal defensa quizá parezca débil á teóricos estrechos. Pero probablemente la juzgarán completa los hombres de Estado (1).»

Por mi parte, lo que juzgo completo aquí es el arte de exponer. Esas antítesis de ideas sostenidas por antítesis de palabras, esas frases simétricas, esas expresiones repetidas deliberadamente para atraer la atención, ese modo de apurar la prueba, ponen de manifiesto el talento de abogado y de orador que reconocíamos hace poco en el arte de defender todas las causas, de poseer un número infinito de recursos, de poseerlos todos y siempre en cada incidente del proceso. Lo que acaba de manifestar este género de espíritu son las faltas á que le arrastra su talento. A fuerza de desenvolver, alarga. Sus explicaciones son más de una vez lugares comunes. Prueba lo que todo el mundo concede. Aclara lo que es claro. Tal pasaje sobre la necesi-

(1) *Historia de Inglaterra*, tomo IV, pág. 86.